



*Deuda Externa, Nueva Arma de Guerra**

Susan George

Abundan los análisis sobre el trasfondo de la deuda externa del Tercer Mundo. Algunos abordan el problema desde un ángulo economicista, otros desde el punto de vista de las devastadoras implicaciones sociales en las sociedades afectadas. Aquí presentamos un punto de vista diferente, la deuda como arma de guerra contra el Tercer Mundo. La crisis de la deuda es una crisis mantenida deliberadamente por los países acreedores para lograr el control político de los países deudores. Bajo el título «Deuda es guerra, guerra es infierno, por lo tanto...» Susan George publicó en la revista inglesa *The New Statesman* el siguiente artículo que *Pensamiento Propio* ha traducido.

Salvo cuando los editores estiman que se ha producido un acontecimiento verdaderamente amenazador, el problema de la deuda del Tercer Mundo se

* **Pensamiento Propio**, Año IV, N° 50. (Abril-mayo 1988), págs. 41-44.

relega a las páginas de información financiera de los grandes diarios internacionales. Las «crisis» que se provocan cada vez que un país deudor del Sur no cumple con sus obligaciones surgen y se apagan, igual que los ambiciosos «proyectos» del norte para evitarlas. Así la cobertura del tema viene determinada por estos altibajos.

Pero, en el Tercer Mundo, la deuda es un tema que aparece todos los días en los titulares porque es allí donde destruye millones de vidas, y hasta naciones enteras. Cumpliendo con los mandatos del Fondo Monetario Internacional (FMI), que actualmente interviene en las economías de docenas de países deudores, los presupuestos para salud, educación y transporte sufren recortes drásticos; los subsidios de alimentos básicos desaparecen; y los precios de bienes y servicios básicos aumentan dos o tres veces de un día para otro, mientras miles de trabajadores son lanzados a la calle. El nivel de vida en América Latina ha regresado a los índices anteriores a 1980 y, en algunos casos, hasta 1965.

Actualmente, la deuda del Tercer Mundo en su conjunto alcanza a un billón de dólares (un trillón estadounidense). Hoy, esta cifra no es tan grande, en el famoso Lunes Negro, Wall Street perdió, en los libros de contabilidad, esa misma cantidad en un solo día. Las 200 principales empresas transnacionales del mundo tienen un volumen de negocios anual superior a tres billones de dólares. Comparada con el déficit fiscal de Estados Unidos, que actualmente sobrepasa los dos billones de dólares, la deuda de los países del Tercer Mundo es insignificante. Si se ha dejado que la deuda del Tercer Mundo se pudra; y si los países acreedores no han encontrado todavía una solución a la «crisis», quizás sea porque hay razones para que las cosas sigan así.

No hace falta tener alma de conspirador para señalar que el actual problema de la deuda encaja bien en la definición de Clausewitz de la guerra. La deuda no solamente permite la «continuación de la política por otros medios», sino que cuadra también con un dicho menos conocido del mismo Clausewitz. «La guerra es un

acto de violencia cuya meta es forzar al adversario a que cumpla con nuestra voluntad».

¿Cuáles son los objetivos tradicionales de una guerra en la que la deuda pueda jugar un papel? La expansión territorial, seguro que no; la población de los países acreedores es estable y, en algunos casos, muestra tendencia a disminuir. El control político impuesto a través de ejércitos de ocupación ha pasado de moda. Esta táctica ocasiona muchos problemas económicos y proporciona una mala publicidad en el mundo para el país agresor, como se ha visto en los casos de Estados Unidos en Vietnam, la Unión Soviética en Afganistán e Israel en Palestina.

Sin embargo, para alcanzar otros objetivos de la guerra tradicional, y para «forzar al adversario a que cumpla con nuestra voluntad», la deuda podría ser el instrumento idóneo. Veamos, por ejemplo, el caso del control de los recursos naturales o de la capacidad industrial por países extranjeros. Todos los países deudores reciben el mismo consejo o, mejor dicho, las mismas órdenes del FMI o del Banco Mundial: primar las exportaciones a como dé lugar. Según ellos, para cancelar sus deudas, los países pobres tienen que competir en el mercado internacional ganando ese dinero con sus exportaciones y sin tomar en cuenta las consecuencias que este tipo de política puede acarrear para la economía nacional o para la población.

Pero en la realidad es que la demanda en el mercado internacional para materias primas agrícolas y minerales es cada vez mayor y no son tantos los que pueden comprar tantas camisetas, tomates y transistores provenientes del Tercer Mundo. Los países del norte vienen a agravar la situación con las políticas de proteccionismo. El resultado es un problema agudo en el mercado internacional de sobre-oferta de los productos del Tercer Mundo. Y esto, a su vez, supone precios bajos para esos productos.

Por otro lado, la deuda también sirve para dominar

la infraestructura nacional de otros países. Los bancos privados, por ejemplo, están cada vez más contentos con el sistema de intercambio: conceden una mínima reducción de la deuda de un país a cambio de dinero en moneda local. Con esa moneda, estos bancos pueden adquirir empresas locales.

Una operación de este tipo se hizo con el Grupo Alfa, el principal consorcio mexicano en la rama de los petroquímicos. Valorado en 900 millones de dólares, el negocio representó para México una reducción de menos del uno por ciento de su deuda total, y una reducción de sus pagos anuales por concepto de intereses de solamente 10 millones de dólares. Sin embargo, el país pierde el control de uno de sus principales complejos industriales. Otros países latinoamericanos están empeñados en la búsqueda de este tipo de intercambio, pero hasta el momento el continente ha logrado «vender» menos de 10 mil millones de los 400 mil millones que suma su deuda total.

La otra consigna del FMI es la «privatización» de las empresas y entidades estatales que también se traduce en una ventaja para los extranjeros y, a veces, para los multimillonarios locales.

En la guerra clásica, el estratega pretende que el adversario pague la cuenta de su propia opresión. Entre 1982 y 1987, América Latina remitió al Norte más de 140 mil millones de dólares netos, ya descontados los nuevos préstamos. Los países del Tercer Mundo están subsidiando las economías del mundo industrializado en una escala sin precedentes: las tasas de interés reales, que se mantuvieron bajas o negativas cuando los países en desarrollo adquirieron sus deudas, hoy se encuentran entre el 8 y el 9 por ciento.

La deuda también sirve para «contrarrestar» cualquier desafío serio al sistema de dominación mundial. Por ejemplo, cuando Oscar Arias anunció el plan de paz para América Central, Estados Unidos respondió con la imposición de nuevas restricciones sobre las exportaciones costarricenses. Además, Washington se negó, por prime-

ra vez, a intervenir a favor de Costa Rica en sus negociaciones con la banca comercial norteamericana. A Costa Rica, que actualmente tiene una deuda de unos 4.5 mil millones de dólares, una cantidad enorme para un país pequeño, hoy no se le otorgan nuevos préstamos bancarios, al tiempo que se le retienen los fondos que vienen de fuentes públicas. Quizás otros dirigentes se lo piensen dos veces antes de tomar una iniciativa que no sea del agrado de un país acreedor.

La problemática de la deuda, a veces, desemboca en situaciones de violencia, por ejemplo cuando los pueblos se levantan contra repentinas alzas en el costo de vida y son reprimidos con la fuerza (Zambia, República Dominicana, Marruecos, Egipto, etc.), la principal ventaja que la deuda proporciona a los países acreedores es que les permite controlar al Tercer Mundo, hacer que se cumpla «con su voluntad», sin mayores dificultades.

Pero no hay que hacer alarde público de este tipo de estrategia. Estados Unidos aprendió importantes lecciones a raíz de su derrota en Vietnam. Hoy, los teóricos del Pentágono abogan por lo que llaman Conflicto de Baja Intensidad (CBI). Esta estrategia no es baja solamente en su «intensidad», sino también en sus costos (e, incluso, a veces resulta con ganancias) para el agresor.

A diferencia de la guerra convencional, esta estrategia no persigue la «victoria». En las palabras de un observador, «los estrategas de los conflictos de baja intensidad han descubierto la dialéctica: entienden esto como una permanente lucha a nivel mundial».

En este tipo de enfrentamiento, «ganar» no es necesariamente la meta: se trata más bien de imponer mecanismos de control permanentes. La distancia entre los CBI y los CFBI (conflictos financieros de baja intensidad), no es mucha. También en los CFBI, «la victoria final», en este caso que la deuda sea cancelada en su totalidad, no es deseable porque supondría la bancarrota para los países deudores y, con ello, el fin de la contienda. Por este motivo, se trata de alargar la «crisis» a través de

estímulos parciales y castigos graduados, aplicados a los países deudores caso por caso.

Tanto los CBI como los CFBI cumplen el objetivo de asegurar que la lucha no llegue a la televisión; tienen la ventaja de ser casi invisibles, lo que dificulta que se plantee una oposición y surjan desafíos al sistema en los propios países acreedores. Para la mayoría de esos países, asuntos como la deuda resultan incomprensibles y/o aburridos y las manifestaciones de protesta por la injusticia de la deuda son pocas.

Sin embargo, los CFBI van más allá de la destrucción de innumerables vidas en el Sur; suponen también una guerra contra los ciudadanos del Norte. Cuando las remesas a la banca internacional agotan las reservas de los países deudores, no queda con qué comprar productos agrícolas, industriales o servicios, que provengan de las economías del Norte. Los expertos norteamericanos estiman que cada reducción de las exportaciones por valor de mil millones de dólares hacen desaparecer aproximadamente 24.000 puestos de trabajo. Si estas cifras son exactas, solamente la reducción de las exportaciones norteamericanas a México ha producido la eliminación de un cuarto de millón de puestos de trabajo. Seguramente, la actual crisis que azota a los agricultores y granjeros en Estados Unidos se debe en parte a que América Latina ya no puede adquirir tantas exportaciones norteamericanas.

En gran medida, las elites en el Sur han logrado protegerse de los efectos más duros de la crisis de la deuda. Aunque desaparezcan los hospitales, escuelas y sistemas de transporte públicos, ellas pueden pagar servicios privados. A pesar de la creciente desnutrición entre sus compatriotas, las elites no tienen mucha dificultad para mantener su dieta. De hecho, estos sectores se han enriquecido con la concesión de préstamos que les permitió la fuga de capital. Por tanto, la única fuerza que podría obligar a las elites y sus gobiernos a unirse contra los CFBI serían mayores niveles de violencia popular que les impediría continuar con sus actuales estilos de vida.

Hasta que esto ocurra, debemos seguir el llamado de otro gran analista del poder y de la guerra. «Estados que han sido conquistados... pueden ser mantenidos por los conquistadores de tres maneras diferentes. La primera es arruinarlos, la segunda es que el conquistador ocupe físicamente el país conquistado, y la tercera es dejar que siga viviendo con sus propias leyes, sujeto a un impuesto fijo; a la vez que se instala un gobierno de unos cuantos que asegure que el país se mantendrá amistoso con el conquistador». Estas palabras son de Nicolás Maquiavelo y su consejo fue tan válido para el año 1513 en que lo dio, como lo es hoy en 1988.

